

## CRONICA

*Le Monde Nouveau* recoge, por intermedio de uno de sus más acreditados redactores, algunos de los ecos obtenidos en el extranjero por las conferencias pronunciadas por Waldo Franck en nuestro país. Nos referimos al artículo *L'Argentine intellectuelle et la France*, publicado en París a mediados del pasado mes de julio por esa importante revista francesa de cultura, documentación e información internales. (Año XII, N° 5, pág. 376 y siguientes).

Según se recordará — el recuerdo está tan próximo como vivo — la mayor parte de las conferencias del pensador norteamericano se efectuaron en nuestra casa de estudios. Por tal circunstancia, acaso no sea inoportuno traducir en VERBUM los pasajes de dicho artículo que más directamente se refieren a esta Facultad y a la repercusión lograda por esas disertaciones.

### LA ARGENTINA INTELLECTUAL Y FRANCIA

Me encontraba este invierno en Madrid, en el momento en que la opinión pública acababa de sentirse agitada por el Mensaje de Waldo Franck a la Argentina.

Este norteamericano, que terminaba de descubrir nuevamente la América, según su propia expresión, afirmaba en ese manifiesto, reproducido por los periódicos americanos, un cierto desdén por Europa en general y por Francia en particular, a las que encontraba hartamente envejecidas.

Creo que la prensa francesa no ha acordado al mensaje la importancia que merece, si se tiene en cuenta que Waldo Franck representa precisamente un estado de opinión que empieza a ser frecuente entre los jóvenes americanos.

En España se entendió que ese documento fechaba un movimiento de separación de la Argentina con Europa.

Resolví intentar una estimación de los presuntos estragos, ya que de todas las naciones que habían ejercido hasta entonces su influencia sobre la civilización y el pensamiento argentinos Francia ocupaba por consenso unánime el primer puesto.

Estando en estas preocupaciones, torné a encontrarme en El Escorial con

un joven amigo argentino: Angel J. Battistessa, jefe en el Instituto de Filología de la Facultad de Letras de Buenos Aires. Aun bien distante de la treintena, el joven maestro acababa de terminar un viaje a través de las bibliotecas de Europa y preparaba entonces el segundo tomo de la edición de los antiguos textos bíblicos del famoso monasterio, documentos preciosos para el conocimiento del español de la Edad Media. Recordé a Battistessa sus anteriores investigaciones en la Sorbona, sobre nuestros métodos de enseñanza universitaria, y en nuestros liceos. Además, el estudio que Battistessa realizaba de las relaciones literarias de Ricardo Güiraldes con Francia le permitía juzgar, fuera de los medios docentes, el estado de esas relaciones argentino-francesas. Como era natural, expresé a Battistessa la preocupación que me ocasionaba el Mensaje y la acogida que le dispensaban los españoles.

La conversación que tuvimos ese día en una inmensa sala de El Escorial, propicia a esta suerte de confesiones, me ha abierto horizontes demasiado nuevos para que yo los oculte a quienes, en Europa, escrutan con atención los signos de una nueva alma americana. Nuestro común acuerdo terminó por establecer un curioso cuadro de intercambios espirituales.

En realidad, tres elementos han entrado en la formación del tipo corriente de argentino culto: el español, el italiano y el francés. Los dos primeros elementos llegaron a la Argentina en buena parte con las grandes corrientes inmigratorias de fines del siglo pasado. Ellos prepararon, con la colaboración anglosajona, el enriquecimiento material extraordinariamente rápido de la joven República. Waldo Franck no puede ignorar que Francia realizó, por el contrario, una misión puramente intelectual. En posesión de una prosperidad económica completa, los argentinos se encontraban mucho más aptos que otros para buscar y apreciar el progreso espiritual. Confrontando lo que sabemos y lo que tenemos visto del viaje de los argentinos en Francia, con su estado de ánimo y la índole de sus preocupaciones morales, en el momento de su partida — como también han podido notarlo observadores de la calidad de mi interlocutor — se comprende que para las gentes adineradas de la Argentina el viaje a Francia, o por lo menos a París, se haya hecho algo obligatorio, indispensable. Pero hasta el viaje a Europa del "rastacueros" (ese primer *nouveau riche* sobre el que se ha ejercitado el ingenio de nuestros autores), fué indirectamente útil a los intercambios intelectuales. El oro o el snobismo de ese vanidoso sincero introdujeron en Buenos Aires no sólo los productos del lujo europeo, sino también el deseo de ver y escuchar a los portavoces de la mentalidad y de la actividad francesas desde Clemenceau y Viviani hasta Anatole France. Antes de su llegada y después de la partida de estos representantes, el público argentino deseó conocer más amplia y profundamente la cultura francesa. A partir de entonces, el libro francés se ha leído tanto como el español y mucho más que el italiano.

"A menudo han sido vuestros compatriotas quienes, como Groussac, enseñaron a los argentinos el sentido de la medida en el arte de escribir en español", me hace notar Battistessa. "Pero a veces se ha afrancesado tan sin tino y equivocadamente, que podríais ver multitud de nuestras calles

y plazas bautizadas con los nombres de vuestros grandes hombres del mismo modo que ya habéis podido notar la deplorable abundancia de galicismos en los escritores argentinos”.

*¿Es de creer entonces que algunos compatriotas vuestros han llegado a desear una reacción justamente nacionalista, y que el Mensaje sería, en consecuencia, el evangelio de ese nuevo culto purista?*

Aquí, punto capital de mi conversación, Battistessa me tranquiliza. Junto a la caducidad innegable de ciertas influencias europeas y francesas, caducidad natural en un país que empieza a sentirse adulto, existe, en la Argentina, aun en estos últimos tiempos, una curiosidad real, muy grande y muy fecunda, por todo lo que sea cultura francesa. Por mi parte, conociendo — y no se la ignora en Francia — la feliz influencia para nuestras letras en la Argentina de escritores como Borges, en el grupo de los independientes, he querido saber, por un joven, a la vez escritor (Battistessa es además el primer traductor argentino de Paul Valéry) y profesor, el estado actual de las simpatías de la Universidad argentina para con Europa y para con el país que, a sus ojos, encarnaba mejor el progreso intelectual del viejo mundo: Francia.

—Antes del Mensaje, por lo que sé y por lo que he visto, el libro francés, tan estimado, y vuestras “tournées” teatrales (¡las buenas!) traían entre nosotros el reflejo más visible de vuestra cultura. Pero tenemos, sobre todo, centros doctos que mantienen el amor y el gusto por la cosa francesa. Es preciso que no se olvide en Francia que todos los años nuestra Facultad de Filosofía y Letras invita a vuestros profesores literarios o científicos a dar cursos que se ven siempre muy concurridos. Desde M. Diehl a M. Martinenche, hemos recibido entre nosotros a vuestros mejores maestros.

Sería volver a descubrir a América después de Waldo Franck, el citar aquí las obras a que hace alusión el joven maestro Battistessa, con una crítica a un tiempo mismo racional y apasionada. Pero, en estos momentos en que una interpretación quizá precipitada del manifiesto de Waldo Franck permite a algunos creer en la deseuropeización de la Argentina, es interesante hacer oír en Francia una de las voces más autorizadas de la nueva generación de Buenos Aires, sobre todo cuando esta voz aporta las pruebas de la continuidad de una tradición francesa en aquellos países latinos.